

Los contextos del saber y el Criticón de Gracián

Strosetzki, Christoph

First published in:

Conceptos : revista de investigación graciana 2 (2005), 83-96

ISSN: 1697-2775

LOS CONTEXTOS DEL SABER Y *EL CRITICÓN* DE GRACIÁN

CHRISTOPH STROSETZKI

Universität Münster

I

SE HA CALIFICADO el Renacimiento como el siglo de oro de la universidad española.¹ Castilla vivió una expansión en el ámbito de la educación ya antes que el norte de Europa: el número de personas con formación escolar, especialmente el de aquellas con formación académica, se incrementó drásticamente alrededor del 1500 mediante la creación de nuevas escuelas, colegios y universidades. El Estado y la Iglesia estaban interesados por igual en la existencia de una mejor formación. Aun cuando frecuentemente los intelectuales representaban la oposición,² el Estado dependía de ellos y los favorecía, ya que la monarquía absoluta necesitaba de juristas competentes para el cuerpo de funcionarios. Se puede probar cuánto aumentaron las plazas para letrados en Castilla entre 1500 y 1700, pero especialmente en el siglo XVI.³ La formación jurídica abría el acceso a la administración superior, a la prestigiosa profesión de la abogacía o también a la ocupación de cargos en la inquisición, cubiertos tanto por juristas como por sacerdotes. Por ello, se puede considerar que las universidades, como centros de formación, eran los soportes de funciones estatales trascendentales hasta finales del siglo XVII.

Así como el Estado, la Iglesia también tenía interés en una mejora en la educación, pues pretendía de ese modo preparar a los creyentes contra los herejes. Al fin y

¹ Avalué-Arce 1978, p. 22. En cuanto a la historia de la universidad española véase también Ajo y Saínz de Zúñiga 1957-1960.

docentes y los estudiantes de la Universidad de Alcalá que simpatizaban con las comunidades, véase Pérez, 1970, p. 501.

² Maravall 1974, pp. 46-52. A propósito de los

³ Kagan 1974, pp. XXII, 82-83 y 85.

al cabo, ésta era la razón por la que los jesuitas se involucraron más activamente en el ámbito de la educación en la segunda mitad del siglo XVI.⁴ Como es sabido, desde la Edad Media se le adjudicó a la facultad de artes liberales el papel de ser la facultad por la que se llegaba a las facultades más prestigiosas, como la de teología, la de derecho y la de medicina. Aun cuando desde el siglo XIII la facultad de artes había ido desarrollando un carácter propio e independiente, en los estatutos de la Universidad de Alcalá constaba que la teología debía utilizar todas las demás ciencias como apoyo y recurso y que nadie podría empezar los estudios de teología sin antes haber cursado las disciplinas de la facultad de artes.⁵

Como el libro de Erasmo *Antibarbarorum liber*, la obra *El Scholástico* de Villalón se dirige contra los «bárbaros» que, comprometidos con la tradición medieval, querían enseñar el latín utilizando textos religiosos y rechazaban las lecturas de autores antiguos como Horacio, Juvenal, Marcial y Ovidio por considerarlos perjudiciales. Declara tener la intención de querer diseñar una «academia republica o escuela de letras» apoyándose en el estado platónico y maneja este concepto en el ámbito de la idea de una «res publica literaria», idea también defendida por Erasmo.⁶ Por otra parte, al elogio de la teología, del derecho y de la medicina le sigue un elogio general del saber, en el que la nobleza científica se antepone a la nobleza de nacimiento y en el que el saber se considera algo divino.

Para el buen estudiante se explican y se recomiendan numerosas directrices: debe ser obediente y respetuoso con su profesor, y en su cuarto de estudio debe trabajar concentrado y sin distracciones. Como era usual en la antigüedad, a ser posible debe adquirir cuantos más conocimientos universales y de cuantos más profesores posibles.⁷ También debe disponer de conocimientos sobre la música, la pintura, la arquitectura, la agricultura y la astrología. En clase debe ejercer la memoria y no

⁴ *Ibid.*, p. XVIII. En relación con la importancia del latín en la educación secundaria, véase *ibid.*, pp. 31-33; en cuanto a la *ratio studiorum* de los jesuitas, véase Briesemeister 1978, pp. 50-65; también Avalle-Arce 1978, p. 26. Entre 1546 y 1608 se formaron 62 escuelas de jesuitas, véase al respecto Gil Fernández 1979, p. 170.

⁵ Andrés 1977, t.1, pp. 61-62.

⁶ “Es nuestra intención pintar aquí vna scholastica vniversidad o academica republica o escuela de letras, en imitación de la republica çivil que debujo Platon” (Villalón 1967, p. 5). Respecto a “res publica literaria”, véase Schalk 1971 y 1977.

⁷ “Cada qual se deue de preçiar tener notiçia y ser visto en diuersas sciencias y hezerse universal en ellas; y no se contente con poco ni con una sola” (Villalón 1967, p. 91). También *ibid.*, p. 93 y ss. “Que el nuestro scolastico se deue prouer de saber muchas cosas en vniuersal por dar de si aparencia de grande estima en la conuersacion y de mas ser curioso de ver libros nuevos y viejos [...] deue con esto tener notiçia en particular de algunas sciencias y artes que adornan mucho el anima, y engrandecen el juicio, y hazen de estima para la conuersacion de los sabios” (*Ibid.*, p. 208).

confiar lo oído al papel ya que corre el riesgo de extraviarlo. Además, se le dan otros consejos prácticos para comportarse en la vida cotidiana, por ejemplo, al hablar debe evitar cualquier expresión complicada y confusa, así como prescindir de la adulación. En caso de tener mala memoria y carecer de juicio, no debe responsabilizar su disposición natural de ello. Precisamente él mismo debe ser el que se encargue de mantenerlas en forma. Por último, debe reducir el consumo de vino y utilizar el tiempo libre para ganar nuevas fuerzas que le permitan seguir trabajando.⁸

Tales directrices, cuyo acatamiento durante los estudios caracterizarán al buen estudiante, se complementan con otras que reglamentan su comportamiento social. A éstas pertenecen las reglas sobre la conversación y la vestimenta. Pues a veces bastaba en una conversación decir una sola palabra descuidada para perder para siempre la fama de erudito.⁹ Un problema especial lo representa el trato con las mujeres, que no sólo podía destruir las buenas costumbres y la buena fama, sino que además podía lastimar la concentración y distraer del estudio de las letras. Además, se presenta detalladamente el sufrimiento por amor que el estudiante debía evitar a toda costa. Frente a éste, se defiende la existencia de mujeres y de amor virtuosos, que sí era lo que debía buscar.¹⁰

Para los maestros se establecen los correspondientes postulados. Villalón formula la pregunta de si los esclavos cautivos en la antigüedad también podían ser considerados sabios. Finalmente y tras largas discusiones se da respuesta a esta pregunta de modo afirmativo, ya que se trata primeramente de la libertad frente a los vicios corporales y las pasiones. Sus enseñanzas se deben limitar a lo esencial de una ciencia y así ahorrar a los estudiantes las demás cosas superfluas. Los castigos los tienen que sustituir por dedicación y autoridad.¹¹ Deben disponer en sus despachos de muchos y muy diferentes libros, sobre todo de autores antiguos, y tienen que hacerlos accesibles a sus alumnos.¹²

⁸ Villalón 1967, pp. 88-89, 95-96, 102-104, 108-113, 208-218.

¹¹ *Ibid.*, pp. 124-132, 137-140 y 153-159.

⁹ "Por se descuidar los hombres en conuersacion en una palabra que tenga en opinion de otro sabor de descuido o muestra de horror pierde la estima de sabio sin nunca la poder cobrar: y a titulo de nescio infame le destierran de sin le querer mas admitir" (Villalón 1967, p. 166). También *ibid.*, pp. 164-166 y 218-220.

¹² "Que tenga en su camara y estudio mucho libros de antiguos auctores graues y de diuerso sabios en los quales estudien continuamente. Por que la cosa que a mi parescer mas hazen los hombres studiosos lettrados y perfectos es ver diuersos libros agora para saber tachar los inuitiles y malos como para rescebir doctrina de los buenos" (Villalón 1967, p. 159).

¹⁰ Villalón 1967, pp. 170 y 173-208.

quiero yo señores si os parece que los maestros de nuestra academia y vniversidad lean a sus discipulos siempre las lecturas de los antiguos sabios y eloquentes philosophos, oradores, historiadores y poetas: porque en la verdad en estos está doctrina, incorrupta latinidad y elegancia de dezir y exemplo de buenas costumbres...¹³

Estos son los conceptos ideales cuya realización desea Villalón para la universidad de su tiempo, además de poder servir de ejemplo a generaciones venideras. Una vez que los españoles hubieran puesto en práctica todo ello, se podría comparar con una de las siete maravillas.¹⁴ La crítica que Villalón realiza a la realidad del momento es, por tanto, el punto de partida para bosquejar una *universitas* ideal de profesores y estudiantes.¹⁵

Mientras que Villalón somete la institución de la universidad a un examen crítico desde dentro y de un modo bastante pormenorizado, completándolo con una contrapropuesta utópica, la Universidad de Salamanca aparece descrita muy positivamente en los textos más orientados hacia la descripción de ciudades y sus peculiaridades en el pasado y en el presente. Así, en la *Historia de las antigvedades de la ciudad de Salamanca: vidas de sus obispos, cosas sucedidas en su tiempo* (1606), de Gil González de Ávila, la universidad representa uno de los símbolos de la ciudad. El autor trata con su libro de recordar la importancia eclesiástica de la ciudad y sus hechos históricos memorables.¹⁶ Salamanca le parece especialmente significativa “por ser asiento de las mejores letras que en el mundo se enseñan”.¹⁷ La Universidad de Salamanca se caracterizaría no sólo por proporcionar saber, sino además por educar en la moral y en los buenos modales.¹⁸ Precisamente por estos últimos se reconocerían de modo infalible a todos los licenciados de la Universidad de Salamanca; éstos no tendrían nada en común con esos eruditos pedantes y ridículos.

La biblioteca, abierta cuatro horas diarias, recibe una mención especial: además de disponer de libros de curso general, también cuenta con muchos libros raros y particularmente valiosos. Además, otra prueba de la buena fama y de la gran importancia de la Universidad de Salamanca la supone el hecho de que entre los 6000

¹³ *Ibid.*, 1967, p. 144.

¹⁴ *Ibid.*, p. 232.

¹⁵ Respecto a la definición medieval de la universidad como *societas* de profesores y estudiantes, véase Kristeller 1952, p. 8.

¹⁶ “La memoria de las grandezas Eclesiasticas de la Iglesia, y Ciudad de Salamanca, y las cosas

mas memorables sucedidas en ella” (Dedicatoria, en Gil González de Ávila, *Historia de las antigvedades de la ciudad de Salamanca: vidas de sus obispos, cosas sucedidas en su tiempo*, 1606).

¹⁷ González de Ávila 1606, pp. 4-5.

¹⁸ “No solo se aprenden letras, sino tambien criança, pulicia, comedimiento, y buen trato” (*Ibid.*, p. 190).

estudiantes matriculados se encontraran estudiantes de Italia, Francia, Flandes, Alemania, Inglaterra, Irlanda y de la lejana América.¹⁹ Con su público estudiantil tan internacional, la biblioteca y sus juristas tan cultos y educados y tan solicitados en la administración estatal, aparece la Universidad de Salamanca como la más destacada institución del saber. De modo similar Pedro de Medina califica en su *Libro de grandezas y cosas memorables de España* (1548) la ciudad de Salamanca, fundada según la leyenda por Hércules, como “madre de ciencia y artes liberales”.²⁰ También se refiere a su biblioteca, que sería, según él, la mejor de toda España.

Así como en Villalón se idealiza a los alumnos y a los profesores en una universidad modélica, del mismo modo hay también escritos que idealizan al inteligente estudiante noble y a su prudente profesor. Estos pertenecen en la mayoría de los casos al espejo de príncipes. Como ejemplo se mostrará a continuación el Libro primero del espejo del príncipe christiano (1544) del profesor de teología de la Universidad de Coimbra, Francisco de Monzón.

En el prólogo declara que su intención es la de esbozar la imagen del perfecto príncipe cristiano. Para ello se sirve de numerosos ejemplos de extraordinarios hombres de la antigüedad, considerados modelo ejemplar para la familia principesca, a la que le recomienda su libro. La educación del príncipe debería empezar ya en la tierna infancia, ya que más tarde se debilitaría la capacidad de recepción. Debería ser educado en la devoción cuanto antes, así como en la sabiduría y la ciencia, necesarias para gobernar su país. Tan pronto como el niño empezara a hablar se le debería enseñar caracteres de oro y plata, cuya belleza despertara en él el deseo de aprender el abecedario entero.²¹

La clase de lengua se debe completar con la narración de historias de valor moral y con la lectura de los “apophthegmata” de famosos autores antiguos. Para poder leer los relatos sobre antiguos príncipes, el alumno noble debería aprender el latín. La mejor edad para empezar con la gramática latina sería la de 5 años. Una vez que hubiera hecho progresos en el latín, se le debería instruir en las auténticas lecturas de buenos poetas de la antigüedad, las cuales le aportarían muchas enseñanzas útiles con sus ficciones. También la lectura de antiguos historiadores sería de provecho puesto que precisamente invitaría al príncipe a imitar los hechos extraordinarios a través de los numerosos ejemplos.²² Las instrucciones expuestas hasta ahora pertenecían al canon tradicional de la enseñanza de gramática.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 189-190.

²⁰ Pedro de Medina, *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, 1548, p. 132.

²¹ Francisco de Monzón, *Libro primero del espejo del príncipe christiano*, 1544, pp. 2r, 27-34, 47r-49v.

²² *Ibid.*, pp. 49v-51r.

Posteriormente se abandona el marco de estas disciplinas y se señala la utilidad de las artes liberales en general. Aunque no serían imprescindibles para los negocios gubernamentales, sin embargo, aumentarían su experiencia y su sabiduría. Así, por ejemplo, debería ocuparse de la filosofía natural, la geometría y la aritmética; en ello no se podría olvidar que todas las artes liberales sirven a la filosofía moral, a la que se tiene que dedicar preferentemente. No le debería ocurrir como a los gramáticos que, aunque conocieran todos los errores de Ulises, no conocían los propios.²³ La filosofía moral le debiera servir más tarde como fundamento para difundir leyes justas. Asimismo, se le concede una importancia especial al estudio de la Biblia.

Es también a la cantidad de trabajo realizado a la que se refiere Monzón, apoyándose en Aristóteles, cuando exige honrar a los eruditos y su sabiduría, ya que a los eruditos les ha costado mucho tiempo lograr la sabiduría de la que todo el mundo se beneficia.²⁴ Por esta sabiduría, que le es provechosa al Estado y que puede ofrecer buenos consejos al príncipe, deberían los eruditos gozar de gran honra, aun cuando no fueran nobles: “Pues que aunque sean baxos de condicion la honra es deuída a su sciencia y sabiduria”.²⁵

Una tarea importante del versado maestro del príncipe sería la de convencer al monarca de la importancia de las universidades y de los colegios para los estudiantes más pobres. Debería usar su influencia para inducirle a promover estas instituciones de formación.²⁶ Monzón enumera cantidad de academias y universidades del pasado y del presente, que debieran convencer del alto valor de estas instituciones de aprendizaje colectivo ya que de allí saldrían aquellos eruditos que se encargarían de educar a los príncipes por medio de clases privadas.

Empieza su resumen con las escuelas griegas de filósofos, a la que seguiría en Atenas una “Universidad general”. En Roma pronto se sustituirían las escuelas privadas iniciales por “universidades y estudios publicos”. Allí, los profesores percibirían un sueldo fijo del Estado, ya que el príncipe se interesaría mucho por el bienestar de sus súbditos. Se presentan las instituciones universitarias de Jerusalén, Persia, Rodas antes de pasar a describir detalladamente las universidades de su tiempo en París, Alcalá, Salamanca y Coimbra con sus ventajas, méritos y eruditos.²⁷

²³ Aquí el autor recurre a Bías, uno de los siete sabios de Grecia. Véase *ibid.*, p. 53r.

²⁴ “Aristoteles afirmaua que la honra se due principalmente ala sabiduria despues dela virtud: y la razon es por el mucho trabajo que los sabios touieron en adquirirla y por el mucho prouecho que hizieron al mundo con exercitarla” (*Ibid.*, p. 57v).

²⁵ *Ibid.*, p. 60v.

¹⁶ “Como el maestro persuadira al principe que haga vniversidades y collegios en que estudien y sean sustentados los estudiantes pobres” (*Ibid.*, p. 61v).

²⁷ *Ibid.*, pp. 62r-64r.

Este alegato por la universidad de la pluma de un autor, perteneciente a la Universidad de Coimbra como profesor de teología, es tan sólo una muestra clara de que la formación que se exige para los alumnos privados nobles no se diferenciaría sustancialmente de la universitaria. Lo que tienen en común, sin embargo, estos dos tipos de estudiantes es que leen autores antiguos, reconocen la prioridad de la teología, prescinden de ámbitos de saber prohibidos, trabajan concentradamente durante el transcurso de sus estudios —para lo que en ambos casos se les dan consejos— y finalmente, se instruyen en costumbres cortesanías.

Llama la atención que al profesor universitario Villalón y al profesor privado Monzón se piden exigencias similares. Ambos deben ser elegidos correctamente y estar entre los eruditos más excepcionales y con más experiencia, además deben sustituir los castigos por la autoridad natural y dedicación al igual que utilizar textos antiguos de los que sus estudiantes puedan aprender y cuyos personajes puedan imitar. De la comparabilidad entre el profesor universitario y el profesor privado ideales se pueden deducir no sólo unos conceptos de educación similares, sino incluso la considerable identidad e intercambiabilidad del personal.

II

También *El Criticón*²⁸ de Gracián se mueve en el contexto de los tratados educativos. A continuación no tomaremos en consideración de qué modo Andrenio y Critilo representan una relación alumno-profesor, más bien nos preguntaremos en primer lugar por los lugares que en la novela son representativos del saber. ¿En qué instituciones se asienta el saber?

En *El Criticón* también el saber se encuentra en la universidad y en la corte. Refiriéndose a los edificios sabios en el capítulo “El Saber reynando” se muestran “los colegios mayores de las más celebres Universidades de la Europa, [Se mencionan en primer lugar las universidades de Salamanca y Alcalá] oficinas todas donde se labran los mayores hombres de cada siglo, las columnas que sustentan después los reynos, de quienes se pueblan los consejos reales y los parlamentos supremos” (C, III, p. 195s.) Pero también cortes como la de Urbino o la de Ferrara son caracterizadas como “asilos de Minerva, teatro de las buenas letras, centro de los superiores ingenios” (C, III, p. 197). Así pues, también en *El Criticón* la universidad y la corte son lugares del saber.

El lugar concreto y visible del saber en cada corte y en cada universidad es la biblioteca. En *El Criticón* se la caracteriza de *museo*:

²⁸ A continuación las citas se toman del texto de Baltasar Gracián preparado por Miguel

Romera-Navarro (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 3 vols., 1938-39-40).

Qué combite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto museo, donde se recrea el entendimiento, se enriqueze la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu satisfaze? No ai lisonja, no ai fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día. Las pirámides de Egipto ya acabaron, las orres de Rabilonia cayeron, el romano coliseo pereció, los palacios dorados de Nerón caducaron, todos los milagros del mundo desaparecieron, y solos permanecen los inmortales escritos de los sabios que entonces florecieron y los insignes varones que celebraron. O! gran gusto el leer, empleo de personas, que si no las halla, las haze. Poco vale la riqueza sin la sabiduría (C, II, p. 123s.).

La sabiduría se gana, por tanto, por medio de los libros en la biblioteca. Éstos deben ser elegidos cuidadosamente para que en la misma estantería no aparezca un pícaro junto a un espíritu noble. Se aconseja hacer de los libros amigos: “Sea hombre de museo, aunque ciña espada, y tenga delecto con los libros, que son amigos manuales” (C, II, p. 46).

Cuando la sabia Artemia huye de la barbarie, se lleva en su equipaje sus “libros, papeles, dibujos, tablas” etc. (C, I, p. 290). Busca para estos tesoros un lugar nuevo. Lisboa, Sevilla, Zaragoza, Valladolid, Barcelona y Pamplona le parecen inapropiados por diferentes motivos, de modo que se decide finalmente por Toledo. Critilo y Andrenio van entretanto a Madrid, en donde se dirigen inmediatamente a ver a un bibliotecario y le piden una guía para la vida en la corte. Éste no les entiende en un principio, pues “leer los libros por los títulos no haze entendidos” (C, I, p. 33), pero al final les entrega *El Galateo Cortesano*,²⁹ cuyas reglas de educación se discuten minuciosamente y se rechazan por superfluas o por anticuadas. De nuevo se trata aquí de un libro desarrollado de la tradición de los espejos de príncipes y cuyas enseñanzas se consultan antes de la entrada en la vida práctica.

No obstante, el lugar de las ciencias es la universidad. En *El Criticón* diferentes facultades de la universidad son las que compiten en las artes y ciencias por el “soberano título de reina, sol del entendimiento” (C, II, p. 342). Una vez se ha convenido que se ha de conceder la categoría más alta a la teología, se disputa por la posición jerárquica por debajo de ella. Así se enfrenta la filosofía natural contra la filosofía moral. Se evocan las enciclopedias y las buenas letras. Bártulo y Baldo citan de memoria doscientos textos y abogan por la supremacía de la jurisprudencia. Hipócrates y Galeno lo hacen por la medicina argumentando que no hay nada que tenga valor sin la salud. Esto lo quieren superar los historiadores señalando que con ellos hay fama y honor, y que gracias a ellos algunas personas alcanzan la inmortalidad. Un

²⁹ Con el título se hace alusión a Lucas Gracián Dastisco, *Galateo español* (1593), Castiglione, *Il cortegiano* (1528) y su traducción española

de Boscán con el título de *Los quatro libros del cortesano* (1544).

poeta acentúa la importancia del gusto, y un matemático enuncia las estrellas de la astrología, que están incluso en contacto con el sol. Cuando un político define la política como “la ciencia de los príncipes, y así, ella es la princesa de las ciencias” (C II, p. 344), el texto adquiere un carácter satírico que aumentará todavía más cuando finalmente el “gran canceller de las Letras, digno presidente de la docta Academia” (C, II, p. 344) considera el libro *De conscribendis epistolis*, es decir, un arte de escribir cartas de Vives, como el libro más importante. A la así provocada “risa de todo aquel erudito teatro” (C, II, p. 346) se enfrenta con el aforismo “Qui vult regnare, scribat”.

Las artes de escribir eran redactadas normalmente por los gramáticos. Aunque éstos se movían en el primer escalón de las artes liberales, es decir, muy abajo en la jerarquía de las ciencias, llaman la atención por su peculiar vanidad. Esto se evidencia observando el desván de la Ciencia, pues “no ay peor locura que enloquecer de entendido, ni mayor necedad que la que se origina del saber” (C, III, p. 234). De entre todos los eruditos y bachilleres se elevan en presunción los engreídos gramáticos al considerar que sólo su estilo puede conceder fama mundial a aquellos que ellos mismos describen. Entonces ya estarían admirados apenas empiezan un elogio laudatorio o un memorial para el rey, orgullosos cuando publican un pequeño comentario o una glosa, e insolentes cuando corrigen una antigua autoridad: “Séneca dixo esto, pero más diré yo” (C, III, p. 237).

Así pues, la universidad no es siempre lugar del saber. Un caminante informa sobre su búsqueda de la sabiduría: “Discurrí por todas las más célebres Universidades sin poder descubrirla, que aunque muchos son sabios en latín, suelen ser grandes necios en romance. [...] hablé con muchos tenidos por sabios, mas entre muchos doctores no hallé un docto” (C, II, p. 127s.). De la universidad se espera, por tanto, saber, pero no siempre se ofrece. También la realidad universitaria no siempre favorece el saber. No se impone la ciencia objetiva sino que las intrigas de los menos cualificados determinan quién puede servir como representante del saber y quién no. Determina las decisiones este licenciado “que en las Universidades cobra las patentes, hace coplas, mantiene los corrillos, soborna votos, habla por todos, y en aviendo conclusiones, ni es visto ni oído” (C, II, p. 188s.). Es el típico charlatán, de entre los que hay muchos que dirigen la opinión general. “Y es de modo [...] que el que ellos una vez dan por docto, ésse lo es, sepa o no sepa. Ellos hazen teólogos y predicadores, buenos médicos y grandes letrados, y bastan a desacreditar un príncipe [...] si el barbero del lugar no quiere, nada valdrá el sermón más docto, ni será tenido por orador el mismo Tulio” (C, II, p. 189). Por tanto, si en la universidad los ignorantes determinan lo que puede valer como saber, entonces aquella ya no puede satisfacer en la práctica las exigencias que se le imponen.

¿Cómo se presenta la situación en la corte? Que había grandes gobernantes con cortes importantes, aunque fueran también pocos, lo acentúa Salastano introduciendo algunos reyes y marqueses famosos con sus historiadores, y señalando que también cada siglo tiene sólo un “orador perfecto” (C, II, pp. 77-79). A la pregunta de

Andrenio de cuándo se podrá esperar a un nuevo Alejandro Magno, a un Trajano o a un gran Teodosio, responde el Cortesano: “uno déstos ay para cien siglos, y mientras sale un Augusto ruedan quatro Nerones, cinco Calígulas” (*C*, III, p. 332). Buenos gobernantes con cortes importantes son, así pues, más escasos que malos gobernantes con cortes arruinadas.

Ejemplo de lo primero es Artemia y de lo segundo Falimundo. La impresionante corte de la reina Artemia se califica como lugar del saber. Mientras que unos piensan que viene directamente del cielo, “otros dizen ser hija del Tiempo y de la Observación, hermana de la Experiencia; ni falta quien, por otro extremo, porfía que es hija de la Necesidad, nieta del Vientre; pero yo sé bien que es parto del Entendimiento” (*C*, I, p. 262). En tiempos pasados vivía favorecida por los monarcas en las cortes más grandes de los asirios, los egipcios, en Grecia, en Roma, tras los ataques de los godos y los moriscos vivía con Carlomagno y finalmente en la corte española. Sin embargo, no siempre le fue bien en las cortes ya que allí la cantidad de los vicios se correspondía con la cantidad de sus enemigos. Aún así, Andrenio piensa que prefiere tratar con canallas que con tontos.

Entre los milagros de Artemia se encuentra el hacer de un villano zafio un cortesano galante, de un escribano un César, de hombres livianos hacer hombres graves y, finalmente, de hombres muy flacos hacer hombres de mucha sustancia. A esto se contraponen la corte de su enemigo mortal Falimundo, que se asemeja más a una Babilonia y en donde todos están disfrazados: la serpiente de paloma, el león de cordero, el asno de león.³⁰ El mismo gobernante Falimundo permanece a escondidas, ya que sus ministros obstruyen el acceso hacia él (*C*, I, pp. 250-257). Pero consigue discriminar a la reina Artemia por medio de mentiras, lisonja, malicia y envidia: “Advertid que después que esta fingida reyna se ha introduzido en el mundo, no ay verdad, todo está adulterado y fingido, nada es lo que parece, porque su proceder es la mitad del año con arte y engaño, a la otra parte con engaño y arte” (*C*, I, p. 285s.). Falimundo, el impostor, reprocha por tanto a la virtud engaño.³¹ La buena corte ideal se ve, por tanto, amenazada y arruinada por su adversario.

Por ello también el valor educativo de una corte no puede ser más que ambiguo. Se enseña tanto un saber práctico como también apariencia e hipocresía. Esto queda

³⁰ Precisamente en la corte aparecen los hombres como animales salvajes. Critilo cita como ejemplo a un rey que estaba tan preocupado por su favorito que pensaba tener que protegerle más frente a sus cortesanos “que de los hambrientos leones de un lago” (*C*, I, p. 150).

³¹ La hipocresía, la ostentación y el artificio pasan por delante de la Plaza Mayor, en la que está situado el espacioso y nada proporcionado Palacio del Monarca, que organiza fiestas a escondidas para engañar y despistar al pueblo “no dexándole lugar para discurrir en cosas mayores” (*C*, I, p. 235).

claro cuando un interlocutor invita a Critilo y Andrenio a la corte de su gran y poderoso monarca “donde, a más de que se premian las armas y se estiman las letras quien quisiere entender de raíz la política, de modo, el artificio, curse esta corte; aquí le enseñarán el atajo para medrar y valer en el mundo, el arte de ganar voluntades y tener amigos: sobre todo, el hazer parecer las cosas, que es el arte de las artes” (C, I, p. 219). Lo que ocupa el centro de atención no es el ser, sino la apariencia; ni tampoco el saber, sino la ignorancia. Eso ya se muestra allí donde la corte distrae de las cosas importantes como el autoconocimiento e incita a la pérdida de tiempo,³² o allí donde la lisonja se distancia de la mentira y la falsedad.³³ Cuando la verdad y el saber se honran tan poco, son también los señores que se dejan llevar en una litera a menudo tan ignorantes como sus sirvientes. Aunque vivan en la corte, son hombres vulgares y plebeyos “porque vulgo no es otra cosa que una sinagoga de ignorantes presumidos y que hablan más de las cosas quanto menos las entienden” (C, II, p. 178).

Tampoco la corte, al igual que la universidad, satisface las exigencias que le son impuestas. Grandes monarcas con sus cortes culturalmente importantes parecen no sólo estar amenazados sino también ser cosa del pasado. No obstante, se tiene que plantear la cuestión de hasta qué punto su descripción crítica y satírica no es al mismo tiempo un enfrentamiento con los supuestos planteamientos positivos del espejo de príncipes.

Se evidencia, por tanto, que en principio el saber se halla *a priori* y en teoría en la universidad y en la corte. Sólo la práctica se ocupa de expulsar el saber de estos lugares. A esto se añade que el saber objetivo se malogra por medio de los sujetos en los que dominan los intereses, pasiones, distracciones y mentiras. Es por eso sólo consecuente cuando en interés del saber Gracián parte de la práctica y del sujeto para desde allí crear las bases para la adquisición del saber.

Así pues, la observación de la filosofía natural con sus descripciones de los cuatro elementos, con sus libros sobre animales, plantas y minerales tiene que parecer más bien aburrida, de modo que se prefiere pasar a la filosofía moral: “Pero enfadados de tan desabrida materialidad, los sacó de allí el Juizio para meterlos en sí” (C, II, p. 156). Se trata aquí, por ejemplo, de las recetas de Epicteto, Luciano, Esopo, Alciato,

³² El Sabio caracteriza a los cortesanos como “gente que después de aver perdido la hazienda, están perdiendo el tiempo [...] los que no supieron para sí, quieren saber para los otros” (C, II, p. 177); Andrenio intenta conseguirse en palacio el favor del rey: “Vendíanle los favores, hasta la memoria, con que llegó a prometerse una fortuna extraordinaria. Hazía vivas instancias por verle y besarle los pies, que aun no tenía: orfecióronle

que sí una tarde, que sin llegar siempre lo fue” (C, I, p. 242).

³³ La lisonja anuncia en su palacio: “Yo, aunque miento, no engaño, porque echo las mentiras tan grandes y tan claras, que el más simple las conocerá: bien saben ellos que yo miento, pero dizen que con todo esso se huelgan, y me pagan” (C, I, p. 324).

Plutarco y Justo Lipsio hasta que se pasa finalmente a la filosofía política, donde Platón y Aristóteles resultan inapropiados dada la mala situación del momento y donde también se rechaza a Maquiavelo y a Bodino. Se recomienda para el príncipe tan católico como prudente la *Razón de Estado* de Juan Botero. Finalmente se evoca la propia obra de Gracián *El político* y se postula la transmisión de la moral pública a la privada. También *El Galateo* y otras obras semejantes “perteneían a la política de cada uno, a la razón especial de ser personas” (C, II, p. 164).

No se trata, por tanto, de perder tiempo “en averiguar las propiedades de las yerbas: cuánto más importaría conocer las de los hombres, con quienes se ha de vivir o morir!” (C, I, p. 319). En este contexto puede ser de importancia la historia como “la maestra de la vida, la vida de la fama, la fama de la verdad y la verdad de los hechos” (C, II, p. 141). Sin embargo, resulta problemático que no siempre se narren los hechos más importantes y que la historia se varíe en función de los gramáticos y de los autores con demasiada inventiva.³⁴

El hombre parece ser la medida de todas las cosas: “Fue el hombre [...] criado para el cielo, y así, crece azia allá; y en essa material rectitud del cuerpo está simbolizada la del ánimo” (C, I, p. 266s.). Ya que el hombre como sujeto ocupa una posición central, lo más importante no es el mundo de los objetos, sino el autoconocimiento. Andrenio califica de necios a aquellos que obran de otro modo: “Aunque todo lo ven, no se ven a sí mismos, ni aun las vigas que suelen estar en ellos, condición propia de necios: ver todo lo que passa en las casas ajenas, ciegos para las propias” (C, I, p. 270). También la misma sabiduría fomenta ex negativo el autoconocimiento: “Perdido, que buscas otro que a ti mismo” (C, I, p. 325).³⁵

Cuando se trata de la relevancia del saber, en Gracián el sujeto tiene prioridad sobre el objeto. El ocuparse del hombre es más importante que el saber de la naturaleza. De ello se deriva la justificación del interés por la historia, por la filosofía política y por la filosofía moral. Aunque en la historia hay ejemplos de universidades y cortes que eran ricas en saber, la historia de Artemia y Falimundo, junto con otros ejemplos, muestran que la pérdida de tiempo, la apariencia y la ignorancia dominantes en la práctica cortesana conducen a la ignorancia. También la práctica universi-

³⁴ Así, la gran reina de la verdad debe reconocer que no todas las naciones tienen talento para la historia: “aquéllos por ligeros fingen, estos otros porque llanos descaecen, y así las más destas plumas modernas son chabacanas, insulsas, y en nada eminentes. Veréis muchas maneras de historiadores: unos gramaticales, que no atienden sino al vocablo y a la colocación de las palabras, olvidándose del alma de la historia” (C, II, p. 151).

³⁵ Así se desenmascara también el sabio aclamado por el pueblo como ignorante “que no es sino uno que sabe al uso del mundo; que todo su saber es estulticia del cielo. Este es de aquellos que saben para todos y no para sí, pues siempre andan arrastrados; éste el que habla más y sabe menos, y éste es el necio que sabe todas las cosas mal sabidas” (C, II, p. 129).

taria estaba marcada más por charlatanes, intrigantes y profesores universitarios que estaban más seguros de sí mismos que de su disciplina del saber. La vanidad impedía centrarse en el saber. En Gracián perduran los libros que mantienen su relación con el saber y no se convierten en objeto de sátira.

Se debe retener que en *El Criticón* de Gracián el hombre ocupa el centro de atención. El punto de partida y el requisito para cada saber objetivo es el saber sobre el propio sujeto, y la práctica de la actividad científica universitaria, así como la práctica de la vida cortesana, puede del mismo modo alejar del saber. Por eso, las observaciones críticas de Gracián se centran en el sujeto y en su práctica así como sus esfuerzos educadores parten de ello. Aquí coincide por completo con *El Scholástico* de Villalón donde también una crítica a la situación del momento en interés de una *universitas* ideal conduce a la creación de reglas para el sujeto y su práctica. Tanto más prioritario parece esta crítica cuando una universidad como la de Salamanca fue vinculada con el estereotipo de una “madre de ciencia y artes liberales”.³⁶ Debido a que el profesor universitario Monzón presenta en su espejo de príncipes reglas similares a las de Villalón, se muestra que también para los venideros monarcas que vivan en la corte, la práctica y el sujeto son válidos como base y condición de todo saber objetivo. Sin embargo, no se trata de un pragmatismo, como se podría pensar, que en los humanistas Villalón y Monzón, así como en Gracián, permanece en segundo plano, sino de la concepción, extendida desde la temprana Edad Moderna, de un saber libre de pasiones, característico del estoicismo.

BIBLIOGRAFÍA

AJO Y SAINZ DE ZÚÑIGA, C. M., *Historia de las universidades hispánicas*, Ávila: La Norma, 4 vols., 1957-1960.

ANDRÉS, Melquíades, , Madrid: BAC, t. 1, 1977.

AVALLE-ARCE, Juan Bautista, *Dintorno de una época dorada*, Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1978.

BATAILLON, Marcel, «Héritage classique et culture chrétienne à travers *El scholástico* de Villalón», en *L'humanisme dans les lettres espagnoles*, A. Redondo (ed.), París: J. Vrin, 1979, pp. 15-29.

BRIESEMEISTER, Dietrich, «Das jesuistische Erziehungssystem in Spanien im 16. Jahrhundert», en *Romanistik – Bildung und Ausbildung: Akten des Romanistentages in Gießen 1977*, Rolf Kloepfer (ed.), München: Fink, 1978, t. 3, pp. 50-65.

GIL FERNÁNDEZ, Luis, «Apuntamientos para un análisis sociológico del humanismo español», *Estudios clásicos*, 83 (1979), 143-171.

³⁶ Véase nota a pie de página número 20.

GONZÁLEZ DE ÁVILA, Gil, *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca: vidas de obispos, y cosas sucedidas en su tiempo*, Salamanca: Artús Taberniel, 1606.

GRACIÁN, Baltasar, *El Criticón*, ed. Miguel Romera-Navarro, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 3 vols., 1938-39-40.

KAGAN, Richard L., *Students and Society in Early Modern Spain*, Baltimore / London: John Hopkins University Press, 1974.

KRISTELLER, Paul Oskar, *Die italienischen Universitäten der Renaissance*, Krefeld: Scherpe, 1952.

MARAVALL, José Antonio, *La oposición política bajo los Austrias*, Barcelona: Mondadori, 1974, 2ª ed.

MEDINA, Pedro de, *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, 1548, (Facsimil editado por Ángel González Palencia, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1944).

MONZÓN, Francisco de, *Libro primero del espejo del principe christiano*, Lisboa, 1544.

SCHALK, Fritz, «Erasmus und die res publica literaria», *Actes du congrès Erasme – Rotterdam 1969*, Amsterdam: North Holland Publication Company, 1971, pp. 14-28.

SCHALK, Fritz, «Von Erasmus' Res publica literaria zur Gelehrtenrepublik der Aufklärung», en *Studien zur französischen Aufklärung*, Frankfurt am Main: Klostermann, 1977, 2ª ed., pp. 143-163.

VILLALÓN, Cristóbal de, *El Scholástico*, ed. Richard J. A. Kerr, Madrid: CSIC, 1967.